

el número de los que hayan tratado de imitarle, cualquiera que haya sido el ardor y la constancia que en esa imitación han manifestado, jamás ha podido llegar á parecerse á Él ni el amor, que es el mejor artista. Hasta el más perfecto se ve obligado á confesar que está de su perfección á profundidades infinitas.

10. **¿Qué es un gran hombre?**—Á veces es algo pródigo el mundo en su distribución de aureolas de «hombres grandes». No podemos reconocer como tal sino al que, como Saúl, pasa á todos los hombres, por lo menos de los hombros para arriba. Sólo podemos dar ese nombre al que cierra una era y abre otra nueva, abre nuevas vías y crea nuevas maneras de pensar, dejando en pos de sí una escuela, cuya influencia es fecunda y poderosa, y que imprime á una esfera más ó menos extensa el selló de su superioridad personal. Pero la naturaleza, más bien demoníaca que puramente humana, de muchos de ellos, nos obliga á borrar gran número de la lista. Entre los que quedan, todos llevan consigo sus debilidades y sus errores, como los llevamos también todos nosotros; y á veces los hacemos más grandes, por las proporciones que les damos, de lo que son entre sus semejantes. Si tienen algún defecto de que no pueden desprenderse, nos consuela ver que han sido formados del mismo barro que nosotros, y que, como nosotros, no son más que pobres hijos de los hombres. Sin embargo, no titubeamos en cubrir con mano benévola los defectos de aquellos cuya gloria nos enorgullece, tanto más cuanto que por sus debilidades nos han asegurado con toda certeza que eran de la misma carne y de la misma sangre que nosotros.

11. **Escasez de grandes hombres ó de hombres completos. Imposibilidad de considerarlos como ideal; Cristo no es un «gran hombre» y ni un «hombre completo»; es el hombre completo por excelencia.**—Y qué sucedería, si pusiéramos en ellos el ideal de nuestra imitación. ¿Podríamos tomar como modelo á un Alejandro, á quien, á pesar de él mismo, abrumaba una felicidad pavorosa, que

no dejó sin satisfacer ninguno de sus deseos, y que por sus brillantes acciones superó á los mismos héroes de la fábula? ¡No! No puede imitarse á un hombre para el cual era desgracia una felicidad sin límites. No pueden servir para la imitación ni de sus admiradores más entusiastas, hombres como Rafael y como Goethe, que, divirtiéndose, hacían lo que no podían ejecutar sus rivales, á pesar de toda la intensidad de trabajo que llevan consigo las necesidades de la vida y la aplicación que exigen; hombres como Goethe, que, perseguidos, apurados por la felicidad, se sienten desgraciados.

Los que en medio de sus éxitos han permanecido á lo menos dueños de su destino, como Ciro, Augusto, Carlomagno, Inocencio III, no han cosechado, la mayor parte del tiempo, sino lo que habían sembrado otros.

Tuvieron demasiada felicidad para que puedan servirnos de ideal. Jesucristo comenzó por ser pequeño como un simple mortal cualquiera; creció lentamente; llegó á la edad de hombre en medio de continuos combates, y esto, si no del modo ordinario y común á los demás hombres, á lo menos, por caminos puramente humanos y accesibles á todos los hombres. Si triunfó, no fué con victoria grandiosa, sino con una lucha continuada de año en año; no con actos sobrehumanos, sino con la más modesta práctica de la virtud, con una paciencia inquebrantable, con la tan enojosa locura de la Cruz, con su muerte. Su debilidad era su fuerza. Más débil que todos, con su vida y con su muerte los ha vencido á todos.

Conocemos muchísimos hombres grandes, que son objeto de nuestra admiración, pero sería no pequeña ridiculez el empeño de imitarlos; por lo tanto, no pueden ser para nosotros un ideal. Tenemos muchos hombres completos; los hallamos á granel entre los santos, y no es menor el número entre los que no son santos; pero todos tienen naturaleza limitada, y todos ellos han desplegado sus perfecciones en muy limitado y determinado teatro, propio únicamente de ellos; no se les puede imitar, sino en muy pe-

queña proporción; de esos hombres completos pocos fueron grandes, y es más limitado todavía el número de los hombres grandes que fueron hombres completos; y más raros aún los que fueron hombres grandes y completos á la vez.

No es Cristo hombre grande como los que han tenido este nombre; no puede ser puesto en parangón con ninguno de los grandes hombres de la historia, ni es tampoco hombre completo en el sentido en que lo han podido ser ellos. Cerniéndose sobre los pueblos y sobre los tiempos, sobre los sexos y sobre las edades, el único nombre que nos puede ser permitido darle es de hombre completo. Sí, sólo Él, aunque sea carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, sólo Él es el modelo más perfecto del hombre, el único á quien no podemos atribuir debilidades humanas, el único que, en la medida más colmada y más perfecta, ha mostrado en sí todo lo que, en cuanto á perfección, reclamamos de los hombres. Sólo Él es el hombre verdadero y completo, y, como á Él place llamarse, el Hijo del hombre.

12. Cristo, Ideal para todos, para el hombre y para el Cristiano; primero hombre, después cristiano; de suerte que no hay hombre completo, sino por Cristo.—Hay que notar que los grandes hombres son inimitables, pero sólo Él, que es más grande que todos ellos, sólo Él es imitable. Es el único, el verdadero ideal para todos los que quieren ser hombres completos, verdaderos hombres. Por grande, por elevado que aparezca, puede ser y es imitado por los hijos y por las madres, por las vírgenes y por los hombres, por los héroes y por los débiles, por los pobres y por los enfermos, por los sirvientes y por los amos, por los sabios y por los ignorantes, por los reyes y por las princesas. Y no sólo es imitable en algunos rasgos aislados de su carácter, sino en todas sus fases, porque Él solo es el verdadero hombre, el hombre completo sin debilidades y sin defectos.

El que constantemente siente en sí la naturaleza humana, debe dirigir la vista á Cristo, como á su más elevado modelo. No sólo honra en Él el cristiano el modelo

de santidad sobrenatural, sino que deben formarse, según Él, cuantos quieran llegar á la verdadera perfección de que es capaz la naturaleza humana. El cristiano ve realizadas en Él, y en el más alto grado de santidad, no sólo las virtudes á que le impulsa su fe de cristiano, sino también todas las perfecciones á que está obligado como hombre.

Es, pues, Jesucristo el coronamiento del orden sobrenatural, pero es también la preparación, como ideal de la vida natural. Antes de levantar el edificio, es necesario echar los cimientos; los cimientos son la naturaleza; el edificio es la gracia. La gracia supone la naturaleza, no en el sentido de que proceda de ésta—es la gracia creación de lo alto, enteramente nueva y muy superior—sino en cuanto edifica sobre la naturaleza. Donde no está sana la naturaleza, no puede prosperar la gracia; pero, al prosperar, perfecciona la naturaleza. La naturaleza halla desde luego en la gracia todo su perfeccionamiento.

Hay que comenzar por ser hombre; después se llega á ser cristiano. Sólo los verdaderos hombres, los hombres completos, pueden ser verdaderos cristianos, cristianos completos. Ó más bien, no hay verdaderos hombres, hombres completos, sino donde hay verdaderos y perfectos cristianos. Mas no se llega á ese doble fin, sino por Aquél que, en el día en que triunfó del hombre viejo el hombre nuevo, fué dado como espectáculo al mundo entero por el representante del mundo antiguo con estas palabras: *Ecce Homo*. «¡Oh hombre! Desde el principio estás gastando tus fuerzas en vanos é inútiles ensayos para elevarte á la verdadera humanidad. Mira, pues, al Hombre, fórmate á su imagen, y serás también hombre. Hace muchos siglos que estabas privado de felicidad y de paz, porque parecía apartarse de los caminos que tu seguías el Dios sin el cual no puedes vivir. Mira, pues, y contempla á ese Hombre. Sigue sus huellas; puedes estar cierto que, si le copias hasta ser hombre completo, hallarás á Dios y, con Dios, tu último fin». (1)

(1) S. Agustín, S. 141, 4.

APÉNDICE

IMPORTANCIA DE LA HUMANIDAD DE CRISTO Y DEL ASPECTO VERDADERAMENTE HUMANO DE SU VIDA PARA NUESTRA VIDA MORAL

Lessing y Kant han pretendido que no era de gran importancia la personalidad histórica de Cristo. Trataremos de esta doctrina, cualesquiera que sean los que le han dado origen.

Muchos se han unido estrechamente á Cristo pensando que bastaba con creer en su palabra y observarla. Fijan su atención en la personalidad de otros hombres, como lo hemos visto con frecuencia en el curso de estas discusiones; pero desprecian por completo la de Cristo. No siempre saben los cristianos todo lo que deben á Cristo. Los enemigos de la fe lo saben á menudo mejor que muchos de los discípulos de Cristo. Por eso distinguen con tanto cuidado entre su persona y su palabra; ó, como dicen, haciéndose traición á sí mismos, entre su persona y lo que constituye el núcleo permanente de su doctrina. El mundo ha escuchado muchas palabras; y á esas palabras se han venido á juntar otras más retumbantes, aun cuando significan poco y no conducen á nada. Púedese elegir todavía entre éstas, interpretarlas y cambiarlas; se puede también prescindir de ellas, y éste es el fin que se persigue. Hasta la palabra de Cristo la interpreta cada uno á su gusto; se pueden quitar algunos girones á su forma primitiva, desechar lo que no gusta y conservar lo que gusta, pero es preciso tomar su persona tal cual es; no permite que se la descomponga ni se la altere. Si bien

falseando la verdad, puede presentarse su doctrina como el resultado final natural de toda la civilización antigua. Pero es algo tan distinto Cristo, algo tan grande, tan único, tan perfecto, que, aun cuando se hiciera abstracción completa de su carácter sobrenatural y divino, nos veríamos obligados á confesar que tal perfección de la naturaleza humana ni es resultado de otra civilización precedente, ni, sobre todo, resultado de una civilización humana.

Esto es lo que deja traslucir involuntariamente Fichte, cuando dice que el mandamiento que nos impone Cristo de creer en Él y de imitarle, ateniéndonos á los principios modernos, es absurda y monstruosa exigencia.

Que Dios haya perdonado al desgraciado filósofo la blasfemia contenida en estas palabras, blasfemia que tan directamente va contra la naturaleza divina de su Hijo único. Quisiéramos excusarlas, pues creemos que no han sido pronunciadas con pensamiento blasfemo. Nos parece que más bien son la expresión del miedo de que, considerada desde el punto de vista de su naturaleza humana la personalidad de Cristo, ponga á la vista un ideal de perfección demasiado elevado, y deje tan poca latitud, que no haya más remedio que, ó seguirle en todo, ó negarle por completo.

Tal es la ventaja que lleva á todos los sistemas de moral la moral del Cristianismo, y esto considerada únicamente desde el punto de vista humano. Puede esta moral ofrecer un ideal de perfección completa y puramente humana, de que le es imposible separarse. Y no sólo puede, sino que lo hace. Mientras los otros no nos ofrecen más que fantasmas, ésta es doctrina real, visible, palpable, en una palabra, doctrina viva y hecha verdaderamente para los hombres. Aunque Pelagio, los Racionalistas y otros enemigos de la fe, que le siguieron, negasen el hecho de la Redención, contentándose con buscar la importancia de la obra de Cristo en su doctrina y en su ejemplo, no es esto motivo para apartar nuestra atención de la primera

y llevarla á la segunda. Constituye precisamente nuestra gloria el que, con su ejemplo, nos ha enseñado Dios á ser hombres verdaderos y completos, cosa que nadie había hecho hasta Él.

Para poder ocultarse la pusilanimidad y la cobardía, invocan no pocas veces el pretexto de la divinidad de Cristo. Cuando dice: «Ejemplo os he dado para que hagáis vosotros lo que he hecho Yo», ⁽¹⁾ significa evidentemente que pudo vivir de una manera perfecta, pues era Dios; mas ¿podía por eso dejar de ser hombre y hombre verdadero como nosotros? ¿Acaso no le ha costado el mismo trabajo que á nosotros sufrir y vencer? ¿No es Él «el que en los días de su mortalidad, ofreciendo con gran clamor y con lágrimas preces y ruegos á Aquél que le podía salvar de muerte, fué oído por su reverencia: y á la verdad, siendo Hijo de Dios, aprendió la obediencia por las cosas que padeció, y consumado, fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen?» ⁽²⁾ Sí, es nuestro consuelo «tener un pontífice que puede compadecerse de nuestras enfermedades, mas tentado en todas las cosas, excepto el pecado». ⁽³⁾ Lo que destruye toda objeción, tanto de parte del creyente como del incrédulo, es que nada ordenó antes de dar ejemplo en todo lo que mandaba. ⁽⁴⁾ «En todo lo que hizo el Maestro, nos dió ejemplo para vivir nosotros». ⁽⁵⁾ «Cada uno de sus actos es una enseñanza para nosotros». ⁽⁶⁾ «Cada una de sus acciones y cada una de sus palabras son para nosotros una regla de piedad y de virtud; porque tomó la naturaleza humana para que pudiéramos dirigir la vista, como á cuadro bellísimo, á los ejemplos de piedad y de virtud que nos dió, sacando de ahí admiración y entusiasmo para imitarle». ⁽⁷⁾ «Por

(1) S. Juan, XIII, 15.

(2) Hebreos, V, 7, 8, 9.

(3) Id., IV, 15.

(4) Hechos Apost., 1, 1.

(5) S. Agustín, s. 75, 2.

(6) S. Gregorio el Grande, *Dialog.*, 1, 9; 3, 21.

(7) S. Basilio, *Constit. monast.*, 1, 1; Lactancio, 4, 26, 26.

eso, en el día del Juicio vendrá del cielo del mismo modo que subió, esto es, como hombre», ⁽¹⁾ á fin de hacer imposible toda excusa.

Si hay en alguna parte un principio de fe que tenga importancia capital para la apología de la moral cristiana, debe ser el de la verdadera humanidad de Jesucristo.

Es algo que no perece, aun cuando se trate de las doctrinas sobrenaturales del Cristianismo, y de los esfuerzos hechos para llegar á las más elevadas alturas de la santidad. ⁽²⁾

Destinada está á extraviarse toda mística que no reconozca la importancia de la humanidad, de la vida puramente humana y de la pasión de Cristo. La historia de esa mística nos ofrece los ejemplos más tristes en los Begardos, en los Iluminados y en los Quietistas. ⁽³⁾ Todo el alcance de aquella cuestión que trataron los escolásticos con este título: *Del poder del alma de Cristo*, resulta de aquellos errores que, á causa de su espiritualidad al parecer elevada, llevan en sí más de un atractivo. ⁽⁴⁾

Por eso se dejó seducir algún tiempo Santa Teresa por algunos libros, pensando que haría mejor en vivir contemplando la divinidad de Cristo, que dejándose llevar de la idea de su humanidad. Pero debió pesarle amargamente de semejante conducta, y advierte á todas las almas, aún á las favorecidas por tan elevados dones, que no se dejen fascinar por semejante error. ⁽⁵⁾ Con razón expresa este pensamiento Tauler: «Jamás llegará á subir tan alto el hombre, que vaya más allá que nuestro Señor»; y Susón

(1) Hechos Apost., I, 11; Sto. Tomás, 3, q. 59, a. 2.

(2) Scaramelli, *Mystiq.* I, II, 11-13.—Schram, *Theol. myst.*, § 105, 110, 270, 324, *Coroll.*—Rodríguez, II, 7, 1-9.—Godínez-Reguera, *Theol. myst.*, 1, 2, q. 1; I, 4, q. 4 (I, 475 y sig., 865 y sig.).

(3) Schram, *Theol. myst.*, § 107, schol.—Godínez-Reguera, 1, 2, q. 1, n. 24 y sig.

(4) Sto. Tomás, 3, q. 13; q. 8, a. 1, 3, 5, 6.—Salmant., *De incarnat.*, d. 23.—Gonet, *Clypeus, de incarn.*, d. 19.—Juan de Sto. Tomás, *Cursus theol.*, VII, d. 15.

(5) Sta. Teresa, *Vida*, c. 22. *Moradas*, 6, 7.—Ribera, *Vida de Sta. Teresa*, 4, 4, 80 (Bolland.).

dice: «Deja constantemente á Jesucristo en el fondo de tu corazón y en el fondo de tu alma, de modo que lo formes en ti, que lo veas siempre en ti, y consideres la perfección de su vida, de su trato y de su corazón, como era Él, sencillo, pacífico, casto, humilde, paciente y lleno de todas las virtudes. Mi humanidad, parece decirnos Cristo, es el camino que debéis seguir; mi pasión es la puerta por donde debe entrar el que quiera llegar al fin que tú buscas». ⁽¹⁾

Porque no comprenden esto, ignoran muchos las delicias que hay en visitar las iglesias entrando en relaciones con el Maestro en el Santísimo Sacramento. ¡Qué!, dicen, ¿no está Dios presente en todas partes? ¿no puedo doblar la rodilla lo mismo al aire libre que ante del Tabernáculo? Sin duda alguna; pero en el Sacramento tienes algo que no encontrarás en parte alguna. Está allí tu hermano que siente, que piensa, que llora, que se regocija lo mismo que tú en tu pobre corazón humano, no obstante, tan rico. La divinidad de Cristo, de cuya presencia gozas en el Sacramento, no es otra que la que llena los cielos y la tierra, las iglesias y los bosques, el interior de tu habitación y el interior de tu corazón. Pero la humanidad unida á la divinidad no la tendrás sino en esas horas de confianza familiar y de dulce amistad.

«No hay más que un mediador entre Dios y los hombres». ⁽²⁾ «El Cristo, como Dios, es el fin á que aspiramos; como hombre, es el camino que seguimos para llegar á ese fin». ⁽³⁾ Es el camino, pero es también la verdad y la vida. «Si buscas la verdad, anda por el camino que conduce á ella; si quieres la vida, sólo la encontrarás en ese camino. Es el fin hacia el cual te diriges; es el camino por el cual has de llegar hasta Él. No puedes llegar á Él, sino por Él

(1) Denifle, *Das geistliche Leben*, (1), 166, 307 (3.ª edición, 148, 311).

(2) I Timoteo, II, 5; cfr. S. Agustín, s. 240, 5, 293, 7; *Civ. Dei*, 9, 15, 2; Sto. Tomás, 3, q. 26, a. 2; Gotti, *De gratia Christi*, q. 3, d. 5.—Scheeben, *Mysterien*. 389 y sig.

(3) S. Agustín, s. 123, 3; *in Joann. tr.*, 34, 9.

mismo». ⁽¹⁾ «No vas á Cristo sino por Cristo», ⁽²⁾ «no vas á su divinidad sino por su humanidad». ⁽³⁾ «La divinidad es el fin, la humanidad, el camino». ⁽⁴⁾ «El camino es el Cristo en su humanidad, el fin, el mismo Cristo en su divinidad». ⁽⁵⁾

(1) S. Agustín, *In Joann. tr.*, 13, 4.

(2) Leo Magn., s. 66 (Ballerini).

(3) S. Agustín, s. 141, 4, *in ps.*, 134, 5; *in Joann. tr.*, 69, 2.

(4) *Id.*, *in Joann. tr.*, 42, 8.

(5) *Id.*, 14, *lect.*, 2, c.